

VISITA OFICIAL

Y OTROS CUENTOS

NICO BONDER

32 cuentos
-16 cortos-16 largos
Humor-tragedia
Se Spok y otros co
.Visita oficial
y otros cuentos
y otros cuentos

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
BREVE ETERNIDAD.....	7
LOS GENTILES.....	8
TODO POR AMOR.....	20
MANO DURA.....	21
DESCONECTADO.....	30
UNA TARDE ABURRIDA.....	31
APUESTA PERDIDA.....	37
FERIA DE ESPECTÁCULOS.....	38
UN VIEJO.....	46
HISTORIA DE REYES.....	47
AÑOS PERDIDOS.....	52
TRES DESEOS.....	53
GRITOS.....	64
LA RADIO QUE SE... ..	65
RIVALIDADES.....	69
DIARIO DE UN ARGENTINO EN EL DESIERTO.....	70
EL MARIONETISTA.....	73
BUSTOS, EL MITÓLOGO CORDOBÉS.....	74
GUERRAS.....	91

VISITA OFICIAL.....	92
EL CLOWN.....	105
EL SEÑOR SPOK.....	106
DESEOS.....	119
PERROS DEL SIGLO XXI.....	120
AGUA CALMA.....	129
ANÉCDOTAS INFANTILES.....	130
EL HOTEL.....	136
INTELIGENCIA MILITAR.....	137
EL HUMO DE KAMAY.....	158
EL POCHO.....	159
EL REPRESENTANTE.....	161
SUEÑOS DE UN ASESINO.....	162

Breve eternidad

Le dijeron que del otro lado del bosque estaba el secreto de la eternidad. Ya tenía algunos elementos para alcanzar la felicidad, pero lo único que le importaba era la trascendencia.

Emprendió la travesía. En el espeso follaje cruzó monstruos dispuestos a devorárselo y hombres que se habían perdido buscando vivir por siempre.

Durante el camino se despojó de la dignidad, y los atisbos de cordura que le quedaban lo hicieron creer que había logrado convertirse en inmortal. La suya fue una eternidad que duró apenas días, hasta que la espesura se lo trago para siempre.

Los gentiles

Como viajante de comercio viví unas cuantas historias extrañas. La mayoría incluía algún chanta que me proponía algún negocio turbio o alguna mujer sola con la que coincidíamos en el mismo hotel.

Pero nunca me pasó algo parecido a lo que viví en Villa Amador González. Eran uno de esos pueblitos que después de que desaparecieron los trenes quedaron casi desiertos. Tenía unos doce mil habitantes cuando las cosas iban bien y cuando pasó esta historia quedaban menos de cuatro mil. También influyó que por la misma época de lo de los trenes, cerraron las dos hilanderías que había en el pueblo, que era donde trabajaban casi todos.

Yo hacía de viajante y tomaba los pedidos para una fábrica de alpargatas y otra de bolsas arpilleras. Generalmente tenía pueblos fijos donde ya tenía mi clientela, pero esa semana había sido bastante mala y pensé en meterme hasta en los pueblitos más chicos que cruzará en el camino.

Entro a Villa Amador González buscando almacenes, proveedurías, pulperías o cualquier comercio al que pudiera servirle cualquiera de las dos líneas de productos que manejaba. A las tres cuadras de haber entrado siento que se me pincha la rueda. Fue como agarrar un pozo y después la rueda fue perdiendo presión. A los pocos metros el auto ya está en llanta.

Tengo una rueda de auxilio, la cambio rápido pero tengo que arreglar la pinchada antes de seguir viaje. Hay un nene jugando con un perrito feo que no para de mover la cola. El nene le tira una pelota de tenis gastada y el

cusquito la persigue y cuando la atrapa vuelve dando saltos con las patas delanteras y levantando tierra.

Le pregunto al pibe si sabe donde hay un taller, sin responder entra corriendo a su hogar. Yo me quedo esperando, no sé si va a volver a salir o no, pero no veo a nadie más. El calor con el auto quieto es mucho peor que estando en movimiento, y siento cómo las gotas empiezan a mojar mi nuca, y cariñosas bajan por la columna hasta quedar atrapadas por el grueso cinturón de cuero que rodea mi cada vez más gruesa cintura. Me desabrocho los botones de las mangas y las arremango, me seco la frente e insulto al aire rogando que el nene vuelva a aparecer. Unos minutos después una mujer de unos treinta años aparece tímidamente por la puerta de la casa y me mira sin decir nada.

— Disculpe, necesito emparchar una rueda, ¿sabe si hay algún taller por acá? —le pregunto y presto atención a las indicaciones que me llegan con una voz indiferente, mecánica.

No es difícil llegar, el pueblo es chico, las calles se cortan perpendiculares y casi no hay tráfico.

Dejo el auto en el taller. El gomero es bastante parco, casi no me dice nada, salvo un par de “Sí” y algunos “No”. El cemento del piso está decorado casi en su totalidad por grasa y las paredes descascaradas lucen almanagues de mujeres que ya deben tener nietos y se ven en blanco y negro. Agradezco y salgo del taller.

Le pregunto a otro hombre si hay algún bar, necesito hacer tiempo, el gomero justo estaba almorzando y me explicó que lo va a tener listo en un par de horas. En realidad no explicó nada, fui entendiendo eso por las respuestas monosilábicas a mis preguntas.

El hombre al que le pregunto por el bar me indica cómo llegar con cara extrañada.

— Usted no es de por aquí, ¿no?

— No.

— ¿Y va al bar?

— Sí.

— Bueno, suerte —dijo y siguió caminando.

Abro la puerta del bar y las dos personas que están sentadas me miran sorprendidos. Saludo con la cabeza y ellos se miran entre sí y sonrían. Un par de minutos después se acerca un mozo vestido con una chaquetilla muy gastada.

— Tengo milanesas, bife con ensalada, sándwich de milanesa, matambre o pasta puede ser.

No esperaba que trajeran un menú, pero me sentiría mejor con un saludo.

— ¿Milanesa con huevo frito, puede ser? Y un agua.

El mozo da vuelta y se mete en la cocina. Las paredes tienen un empapelado amarillento, las moscas zumban contra un par de tubos fluorescentes que alguna vez fueron blancos y hoy acumulan manchas de colores indeterminados. Cerca de la ventana hay una mesa alta que sostiene un televisor mudo y pequeño que muestra noticias de la capital. Los otros dos tipos se ríen fuerte, como intentando que los escuche. El local es chico y están a menos de 5 metros, así que puedo escuchar todo lo que hablan.

— Mirá como mira el boludo ese.

— Así son los turistas estos, impertinentes. Mal educados.

Me cuesta creer que hablen de turismo en un pueblito prácticamente muerto que no tiene hoteles y mucho menos atracciones turísticas. Pero sigo escuchando lo que dicen, sin mirarlos. Dejo la mirada clavada en la ventana, aunque nadie pasa por la calle.

— A mí lo que me extraña es que sigan viniendo pelotudos después de lo que salió en el diario.

— Yo creo que es por el nombre del pueblo. Habría que cambiarlo. Da la falsa imagen de un pueblo de gente buena.

— De gentiles.

— Exacto.

— En lugar de Villa Amador González, habría que ponerle Villa Smith and Wesson.

— O Colonia Winchester.

— Eso suena bien. Quien va a entrar a hinchar las pelotas a un pueblo que se llame Colonia Winchester.

— Ahora, fijate vos lo mal intencionado que son los periodistas, ¿no? Uno se carga 14 o 15 forasteros, por llamarlos de alguna forma, y ya titulan "Genocidio de turistas en pueblo del Chaco".

— ¿Y qué querés? Así son esos porteños, todos amarillistas. Viven de exagerar.

— Además involucraron a todo el pueblo, cuando los que nos dedicamos de mantenerlo limpio somos 5 o 6 nomás.

Vuelvo a mirar la hora, todavía me falta un rato largo de espera.

— Y...bueno, capaz que fue mejor así. Primero, porque no vamos a ir en cana, y segundo, da más miedo si piensan que todo el pueblo está loco. ¿Quién va a ir a joder a un pueblo en el que todos son asesinos?

— Es verdad. Lo importante es mantenerlo limpió de chorros y de tipos con cara de pelotudo.

— Como este —dice el que me da la espalda, señalando con su pulgar por encima de su hombro.

Por más que me hago el distraído no puedo evitar mirarlo al sentirme aludido.

— Uh, no sabés cómo te miró —lo chicanea el otro—. Para mí que este se cree medio valiente.

— Me parece que no le avisaron como terminan los valientes en este pueblo.

— Tranquilo Fabián. Es temprano, hay mucha gente en la calle.

— ¿Y? Vos te creés que alguien va a decir algo.

— No sé, no sé.

Miro para la puerta, calculo cuanto demoraría en salir, pero pienso que salir corriendo solo porque dos tipos se la dan de guapos en un bar es medio ridículo.

— Además el gallego no se hace problema, mientras no ensuciemos mucho...

— O si ensuciamos le limpiamos, como siempre nos pide.

Me di cuenta que había comenzado a traspasar bastante, las gotas pasaban de la axila a los costados del cuerpo y morían una tras otra en la cintura.

— Como la vez que liquidamos con el Tramontina al salteño que andaba de viaje para no sé dónde.

— Uh, ese día hicimos un desastre.

— Y también a vos se te ocurre darle con un Tramontina sin filo, 50 veces hubo que pegarle hasta que le embocamos a una arteria y sangró como Dios manda.

— No sé si como Dios manda, pero sí como un chancho.

— Y chilló como un chancho también el salteño —dice el que me da la espalda y los dos comienzan a reírse.

— ¿Qué decís vos? ¿Cómo lo despachamos? —pregunta el que está de frente y me mira, sosteniendo el Tramontina con la derecha.

El mozo me trae la comida, tira el plato sobre la mesa, apoya el agua y se va. Intento ver alguna sonrisa, algún gesto que indique que esos hombres están bromeando. No sería raro, en esos pueblos no hay mucho para hacer, la gente se aburre y molesta a los que son de afuera y entran al pueblo para lo que sea. Peor de noche, si te ven charlar o bailar con alguna mujer del pueblo, ahí la cosa se puede poner pesada de verdad. Pero nunca me había pasado que durante el día dos tipos se pusieran a planificar cómo liquidarme y cómo hacerme desaparecer. Pienso que tienen que estar bromeando, pero no muestran indicios de que el plan sea solo un chiste. Están serios y cada vez que me miran lo hacen con los ojos bien abiertos, la mandíbula trabada y con chispas de odio en la mirada.

— Primero que nada, si va a ser acá, hay que buscar un cuchillo con buen filo. Para que no pase lo del salteño.

— Está bien.

— Bien. Yo digo que le metamos un buen trompazo como para dormirlo, lo llevamos a la mesada de la cocina, lo desangramos y se lo dejamos al gallego para que lo use en lo que quiera —dijo el que me daba la espalda.

— Como con el salteño que hizo empanadas salteñas. Le salieron bárbaras. Mucho mejor que las tucumanas —opinó el otro y me echó una mirada burlona.

— Pasa que la tucumana que le entregamos era medio veterana ya.

— Es verdad. Pero eso ya lo hicimos varias veces, yo creo que hay que innovar un poco. Digo, como para no aburrirnos.

— ¿Y vos qué proponés? —preguntó el que me daba la espalda. Por su tono pude detectar cierto malestar por el rechazo a su plan.

El otro piensa durante unos segundos, se acomoda nervioso en la silla, se limpia la boca con la servilleta y se rasca las manos.

— Escuchá, yo creo que podríamos esperar a que salga del bar, lo seguimos con tu auto, cuando esté cruzando la calle ¡Pum! No muy fuerte, pero sí como para que quede tirado ahí. Después lo metemos en el baúl, lo llevamos al basural y lo dejamos tirado ahí maniatado. Las ratas y los perros hambrientos hacen el trabajo sucio después.

— ¿Y si se despierta?

— Antes de irnos le metemos con el culo del matafuego del auto en la frente. Lo aseguramos con dos o tres golpes y chau.

— Me gusta, tiene más clase que liquidarlo acá de un cuchillazo — terminó reconociendo el que me daba la espalda.

— Lo único malo es que nos perdemos las empanadas del gallego.

Se quedan callados por un rato largo. Cada tanto me miran, pero no dicen nada. Los tres miramos alternativamente el reloj.

Supongo que el auto ya está listo pero no estoy seguro si me voy a poder ir o no del pueblo. Sigo sin poder descifrar si es una broma que hacen dos tipos aburridos o si realmente tienen un plan. Nunca había leído nada de ese pueblo, nada que me dijera que desaparecían turistas o algo así.

Termino de comer, me paso la servilleta por los labios y llamo al mozo para pagarle. Pienso en preguntarle si los muchachos siempre joden así como para quedarme tranquilo, pero pienso que él puede ser parte de todo el plan. Después de todo, es el que hace las empanadas. Cuando se acerca veo que la chaquetilla celeste que usa está manchada con pequeñas gotas de sangre y toda la prenda luce desgastada, con ese color indeciso y manchado que le queda a la ropa que siempre se lava con lavandina.

Pago y decido salir. Total ya conozco el plan, no es tan difícil evitar que me choquen.

En la calle camino mirando para todos lados, como lo hace un paranoico. Respiro aliviado después de hacer media cuadra sin ver a los dos tipos por ningún lado. Pero en la segunda esquina me alcanzan. Van en un Peugeot

505 azul. Miro el baúl y pienso que entraría cómodo. Me imagino los perros y las ratas comiendo mi cara. El calor sigue siendo abrazador, trato de tapar el sol haciendo una visera con la mano y sigo caminando. Doblo aunque no me hace falta, ellos también doblan y me siguen. Cada vez me muevo más rápido y estoy más agitado. Se mantienen a unos cuarenta metros. Camino dos cuadras y vuelvo a doblar, ellos hacen lo mismo. Aparentemente en el pueblo todas las calles son doble mano, así que eso no es un problema para ellos. Aunque igual no parecen la clase de tipos que se preocupan por una multa. En los cruces de calle presto atención, no quiero que me sorprendan, pero se mantienen a esa distancia prudencial. Cada tanto aceleran pero sin avanzar mucho, son aceleradas como para hacerme escuchar el motor y recordarme que están allí.

Llego al taller, mi auto está listo. Entro al taller y los dos tipos se estacionan cerca del lugar. Pago, me subo a mí auto y salgo. Las calles del pueblo están en pésimo estado así que voy lento, no quiero pinchar de nuevo ni agarrar un pozo que me rompa algo. Parece que hace mucho no llueve y a cada centímetro avanzado voy dejando una nube de polvo que de inmediato es atravesada por los dos hombres. El 505 me sigue y me hacen señas de luces. En una esquina tengo que frenar y ellos frenan de golpe detrás mío, paran a escasos cinco centímetros, creo que no me golpean de suerte; me siento agitado, y con un vacío que me estrangula. Esperé el golpe, que no llegó, pero la respiración sigue corriendo desbocada. Miro por el espejo retrovisor y los veo señalándome y haciéndome señas violentas.

Sigo hasta la calle principal del pueblo buscando la salida. Los tipos me siguen hasta el cruce de la ruta. Allí estamos los tres parados esperando que termine de pasar una caravana de camiones. El 505 acelera y su motor

suenan estruendosamente, avanzan de a poco y su paragolpe delantero ya casi roza el paragolpe trasero de mi auto. Cuando terminan de pasar todos los camiones acelero y subo a la ruta. Miro por el espejo retrovisor y veo a los dos tipos señalándome, sin sonreír.

Todo por amor

Ella lo rechazó. Él le prometió el mundo entero.

Primero fue revolucionario. Luego dirigente, y así llegó a presidente.

Finalmente, comenzó la guerra.